

## Leibniz

Hegel, se refiere a la filosofía de Leibniz como “...una sarta de afirmaciones arbitrarias que se suceden la una a la otra como una novela metafísica”<sup>1</sup>. Por su parte, Bertrand Russell en una primera lectura de la metafísica de Leibniz, señaló que era una especie de “fascinante cuento de hadas, coherente tal vez, pero absolutamente arbitrario”<sup>2</sup>.

Gottfried Wilhelm Leibniz es quizás el último gran titán intelectual, representante de ese saber enciclopédico. Fue un intelectual que abarcó una amplia gama de disciplinas: filosofía, matemáticas, lógica, política y la teología. Como escribió Bertrand Russell, Leibniz hubiese sido el fundador de la lógica matemática si tan solo hubiera publicado sus trabajos, es decir, la lógica matemática hubiese sido conocida con un siglo de anticipación. De acuerdo a Russell, Leibniz no publicó sus trabajos por respeto a la poderosa figura de Aristóteles. El filósofo germano encontró errores en los silogismos de Aristóteles, pero por respeto a este, creyó erróneamente que él no estaba en lo correcto. Leibniz ideó el “*Calculus ratiocinator*” con el objetivo de establecer un marco teórico universal para el cálculo lógico. En una carta al duque Johann Friedrich, Leibniz describió objetivo de poder llevar a cabo el cálculo de manera fácil, rápido y fiable. Para algunos filósofos analíticos, incluido Russell, este sería un precedente del desarrollo computacional para llevar a cabo cálculos. Otros pensadores, como los provenientes de la teoría de los sistemas, tal como Norbert Wiener, remontan la historia del computador moderno hasta Pascal y Leibniz. Leibniz sólo pudo construir una máquina para hacer cálculos matemáticos, conocida como la “máquina de Leibniz”. El filósofo aspiró a la elaboración de aquello que recibe el nombre de “*characteristica universalis*”, esto es, un lenguaje universal y formal que no se prestase para malas interpretaciones y ambigüedades. Especialistas creen que esta debería ser una suerte de lenguaje ideográfico o pasigráfico donde cada símbolo represente un concepto, para que de esa manera pueda ser entendido por personas de diferentes nacionalidades y culturas. Este intento de Leibniz ha sido resuscitado de manera quizás más modesta por pensadores posteriores en su afán de elaborar un lenguaje preciso, libre de

---

<sup>1</sup> Mathew Stewart, *El hereje y el cortesano. Spinoza, Leibniz y el destino de Dios en el mundo moderno* (España: Biblioteca Buridán, 2007), 246.

<sup>2</sup> *Ibid.*

contradicciones y sin sentidos. Por ejemplo tenemos el caso del “Begriffsschrift” del lógico y matemático Gottlob Frege que es considerada la piedra fundacional de la lógica moderna, claro que el mismo Frege negó tener como objetivo las ambiciones de Leibniz. También podemos citar el “Aufbau” de Rudolf Carnap, claro en este caso hay que destacar la clara diferencia entre este autor y Leibniz en lo que respecta a la postura antimetafísica del primero. Leibniz brilló como ningún otro pensador en lógica, ya que enunció las propiedades de lo que hoy conocemos como conjunto vacío, identidad, inclusión, conjunción y disyunción. También se enfrentó con Newton por la autoría del cálculo infinitesimal.

Como escritor, Leibniz era denso, apagado y lúgubre, pero nunca llegó a los niveles ininteligibles de Hegel. De acuerdo a Bertrand Russell, *“su efecto en la filosofía alemana fue de hacer de esta pedante y árida”*<sup>3</sup>. Tras su muerte fue víctima de sátiras e invectivas, en parte por la mala comprensión de su obra. Leer las obras y vida de Leibniz es estar presente frente a un personaje multifacético, con una gula intelectual que sorprende. No es exagerado que algunos quieran colocarlo a la altura de un Aristóteles o Descartes. *“En los 120 volúmenes de material de los archivos de Leibniz hay sin duda cientos de brillantez inventos que todavía no han sido catalogados, y mucho menos desarrollados. Escribía sobre todo, a todo el mundo, todo el tiempo. Si Spinoza fue el monomaniaco por antonomasia...entonces Leibniz puede ser acertadamente descrito como un omnimaniaco”*<sup>4</sup>. Russell debió haber sentido gran admiración por este pensador, si tenemos en consideración que, de sus sesenta libros, sólo uno lo dedicó a un filósofo, siendo este Leibniz.

Es preciso poner a Leibniz en su contexto histórico. Leibniz fue contemporáneo de Luis XIV, de personajes como Pascal, Voltaire, Newton (con el cual disputó la creación del cálculo). Fue contemporáneo de Locke, con el que no pudo entablar un diálogo directo (como Leibniz quiso) y Baruch Spinoza. Leibniz también vivió el final así como las repercusiones de la Guerra de los Treinta años que comenzó en Bohemia cuando se

---

<sup>3</sup> Bertrand Russell, 576.

<sup>4</sup> Matthew Stewart, op. cit., 90.

iniciaron las hostilidades entre católicos y protestantes. Fue un verdadero festival de sangre, violencia sin restricciones, violaciones y todo tipo de excesos que siempre han marcado las guerras. Finalmente, con la Paz de Westfalia, se llegó al fin del conflicto, pero así como la Gran Guerra o la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de los Treinta Años tuvo fuertes repercusiones en los europeos de la época. Como señala el Mathew Stewart, Leibniz tuvo suerte en lo que se refiere a la ciudad en la que le tocó nacer: Leipzig, ya que se libró de lo peor de la Guerra de los Treinta Años.



Leibniz procedía de un antiguo linaje eslavo siendo el apellido original Lubenicz. Su padre era vicepresidente de la facultad de teología de la universidad y catedrático de filosofía moral. El padre de Leibniz falleció cuando él tenía seis años, quedando él y su hermana a cargo de su piadosa madre Catharina. Cursó sus estudios en la Escuela de Leipzig, destacándose tempranamente por su brillantez y su interés por los libros más que por los juegos propios de un joven de su edad. A los doce años ya hablaba con fluidez el latín y un poco en griego. Era capaz de componer versos en latín, así como componer un poema de trescientos hexámetros, perfectamente pareados, en solamente tres días. A los catorce años ingresó a la universidad de Leipzig, cursando sus estudios sobre Aristóteles y la escolástica, sobre los que ya tenía conocimiento. A los diecisiete años escribió la tesis sobre el principio de individuación donde *“insinúa alguno de los temas centrales de la filosofía de su época de madurez, y en ella incluso aparece la palabra monádico – un término que desempeñaría*

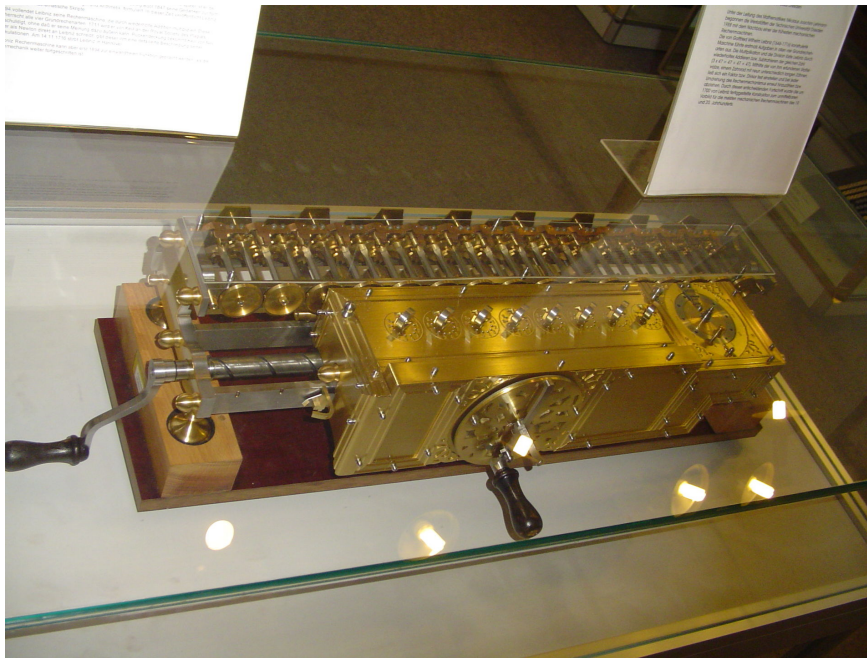
*importante en su obra posterior*”<sup>5</sup>. Leibniz abandona Leipzig y se dirigió a Nuremberg, donde defendió, en la universidad de Altdorf, su tesis, *Disputatio de Casibus perplexis in Jure*. Anteriormente Leibniz ya había publicado el Arte de las combinaciones... “*En este ensayo, propuso por vez primera su preciado sueño de una característica universal – una lógica simbólica de tal universalidad y claridad que algún día permitiría reducir todas las disputas filosóficas a un mero cálculo mecánico*”<sup>6</sup>. Russell escribió que Leibniz esperaba poder descubrir una matemática generalizada, llamada *Characteristica Universalis*, por medio de la cual el pensamiento podía ser reemplazado por el cálculo, así y poder razonar en matemáticas y moral de la misma manera en que se hace en geometría y análisis. De esa manera ya no habrían más disputas filosóficas, ya que sólo sería suficiente, como señala Russell, que los filósofos tomaran sus lápices, se sentaran (y con un amigo de testigo si quieren) y comenzaran a calcular. La universidad de Altdorf le ofreció un puesto de enseñanza al joven de 21 años, pero declinó y se dedicó a la vida de hombre de corte, a la diplomacia, al derecho y la lógica. En Nuremberg fue parte de la orden Rosacruz, fundada por Christian Rosenkreutz en el siglo XV, donde fue secretario y estudió a fondo la obra de los alquimistas. En Nuremberg conoció al barón Johann Christian von Boineburg, quien había sido primer ministro del Elector de Maguncia, Johann Philipp von Schönborn. Boineburg fue el hombre que, gracias a sus influencias, dio un gran impulso a Leibniz en su carrera política. Leibniz residió en Frankfurt, ciudad natal de Boineburg y se convirtió en su secretario, bibliotecario y consejero político. En Frankfurt tuvo su primera labor importante en el mundo de la política internacional. El problema consistía en dar una solución al tema sobre la sucesión del trono de Polonia que había quedado poco claro. Boineburg quería colocar en el trono polaco a un alemán. Fue Leibniz el encargado de redactar un tratado para su candidato preferido. Creyó que lo más conveniente era que ese candidato no tuviese un nombre teutónico por lo que se creó el nombre Georgius Ulicovius Lithuanus, inspirado en el nombre de su autor, es decir de Leibniz. Finalmente los polacos dieron el trono a uno de los suyos. En 1670 el Elector de Maguncia invitó a Boineburg a regresar a su corte y Leibniz fue nombrado consejero privado de justicia. A sus 24 años ocupaba uno de los más altos cargos de uno de los principados más poderosos de Alemania. Leibniz fue consejero

---

<sup>5</sup> Matthew Stewart, op. cit., 43.

<sup>6</sup> Ibid., 45.

del electorado de Maguncia, y ahí tuvo que demostrar su talento estratégico y diplomático. En términos geopolíticos de la época, la principal amenaza para Alemania era Luis XIV, del cual se temía que quisiera tomarse el frente occidental alemán. ¿Qué podían hacer frente al poderoso soberano? Unirse a una alianza, en este caso, a una triple alianza junto a Suecia, Holanda e Inglaterra. Leibniz, quien representaba a Boineburg y al Elector de Maguncia, se opuso a esta acción ya que podía traer graves consecuencias para Alemania, debido a que semejante estrategia podría levantar sospechas del Rey Sol y que se decidiera justamente lo que se quería evitar, una invasión a Alemania.



**Réplica de la máquina de Leibniz**

Frente a esta situación, Leibniz elaboró un descabellado plan con el objetivo de desviar la mirada de Luis XIV sobre Alemania, y consistió en convencerlo de llevar a cabo una cruzada contra Egipto. Esta era una idea trasnochada y anacrónica, pero que suscitó entusiasmo en algunos como fue el caso de Boineburg. Leibniz comenzó a redactar una detallada exposición y defensa de su plan para exponerlo en Francia. En 1672 ya estaba en Paris, pero lamentablemente para Leibniz y sus superiores, Luis XIV ya se había decidido por invadir Holanda, firmando un tratado con el monarca de Inglaterra. No obstante lo

anterior, el persistente Leibniz insistió en que el Plan Egipto podía ser una continuación a la invasión de Holanda y así insistió ante el Ministerio de Asuntos Exteriores para exponer sus ideas, pero fue rechazado. Solicitó las influencias del Elector de Maguncia, pero el Rey Sol fue claro en su respuesta: *“Por lo que respecta al proyecto de la Guerra Santa, no tengo nada que decir. Sabéis que desde los días de Luis el Piadoso, estas clases de expediciones están pasadas de moda”*<sup>7</sup>.

Leibniz, tras la muerte de sus mecenas, trabajó para la casa de los duques de Hannover, donde llegó a finales de 1676 tras una estadía en Francia y estar de paso por Inglaterra. Se convirtió en consejero político, bibliotecario e historiador, y se le encargó la misión de escribir la historia de la Casa de Brunswick. La imaginación de Leibniz siguió operando. En sus memorándums políticos expone una lista de iniciativas posibles que demuestran la gama de intereses de este pensador, su necesidad de estar constantemente ocupado en algo, incesantemente pensando desde problemas de lógica, conocimiento, hasta que hubiese cerveza de calidad para los campesinos. Algunos ejemplos de las propuestas de Leibniz son:

*...“llevar a cabo una exhaustiva inspección geográfica y demográfica del principado para medir la población por ocupación, patrimonio e ingresos...fundar una Academia de Comercio y de las Lenguas...crear grandes almacenes en los que se vendiese toda clase de mercancías a precios muy, muy bajos; establecer un plan de prevención para viudas y huérfanos; fundar una asociación llamada L’Odre de las Charité, una orden cuasi-religiosa similar a la Compañía de Jesús que se ocuparía de combatir a los ateos dominando la notable obra de Dios y la naturaleza...ofrecer incentivos a los campesinos para que adoptasen las mejores técnicas y prácticas agrícolas; alentar al desarrollo de la música y bailes populares para hacer más livianos el trabajo de agricultores y granjeros...y fundar una Academia de las Ciencias inspirada en la Royal Society de Londres y la Real Academia de las Ciencias de París”*<sup>8</sup>.

Leibniz también se destacó por su labor como fundador de academias. *“El nombre más estrechamente ligado al nacimiento de las academias, por su contribución a la fundación*

---

<sup>7</sup> Ibid., 134.

<sup>8</sup> Ibid., 201-202.

*de muchas de éstas, por el carácter universal imprimido a la cultura académica y, por tanto, por último, por su plena conciencia de las importantísimas concernientes a la filosofía y a la ciencia, también en el campo político, fue el de Gottfried Wilhelm Leibniz”<sup>9</sup>.*

Las primeras academias surgieron en Italia, en el siglo XVII y no tuvieron larga duración. Galileo formó parte de la Accademia dei Lincei, formada en 1603 por el príncipe Federico Cesi, un aristócrata de Umbria y que, tras la unificación de Italia en la segunda mitad del siglo XIX, se transformó en la academia científica oficial del país. En Inglaterra, la Sociedad Real de Londres comenzó a organizarse en forma privada como una libre asociación de científicos en el año 1645. Fueron interrumpidas por la revolución para posteriormente continuar su labor nuevamente en 1660. Obtuvo reconocimiento real en 1662, pasando a llamarse Sociedad Real, de la cual Isaac Newton fue presidente. En Francia, la Academia de las Ciencias fue creada en 1666 por Luis XIV, como una proposición del poderoso ministro Colbert. En los últimos años del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII se fundaron las academias de Berlín, San Petersburgo y Dresde, que tuvieron un gran impulso personal de Leibniz. Ya a sus 25 años, Leibniz redactó un ensayo donde se reflejaba una de sus más duraderas ambiciones: fundar academias para promover las ciencias y las artes en Alemania. *“En el transcurso de su argumentación a favor del proyecto, cita el nombre del tipo de persona que le gustaría llegar a ser: un rector rerum publicarum – un director o consejeros de asuntos públicos”<sup>10</sup>.* ¿Quiénes son estos rector rerum publicarum para Leibniz? En las palabras del pensador:

*“Son aquellos que honran a Dios no solamente con cánticos y alabanzas, o con palabras y pensamientos, sino también y sobre todo con sus buenas obras...Son aquellos que aplican lo mejor que pueden las descubiertas maravillas de la naturaleza y el arte de la medicina, la mecánica y a las comodidades de la vida; a buscar trabajo y comida para los pobres, a apartar a la gente del vicio y la pereza; a administrar justicia; a impartir recompensas y castigos; al mantenimiento de la paz común; a la prosperidad y al progreso de la patria; a la exterminación de las hambrunas, la peste y las guerras en la medida en que ello está en*

---

<sup>9</sup> Ludovico Geymonar. Historia de la filosofía y de la ciencia (Editorial Crítica), 352.

<sup>10</sup> Mathew Stewart, op. cit, 75-76.

*nuestras manos; a la propagación de la verdadera religión y del temor de Dios – en una palabra a la mayor felicidad de la raza humana”<sup>11</sup>.*

En estas palabras se ve reflejados los objetivos de Leibniz, su visión de mundo, el querer propagar el bien a toda costa, a promover la paz. Tras las Guerras de Religión y luego la Guerra de los Treinta Años, Leibniz deseaba unir el cristianismo sin tener que renunciar a su religión. Como señala uno de sus biógrafos, Leibniz, hijo de la Guerra de los Treinta Años, estaba convencido de que solamente la paz podía traer consigo una prosperidad intelectual duradera. La filosofía para Leibniz, no era una forma de ser, sino un instrumento que tenía como objetivo promover la felicidad y la paz entre las personas.

Leibniz tuvo algunas rencillas en su vida pero la más destacada y desafortunada fue la que tuvo con Isaac Newton ya que ambos se disputaron la invención del cálculo, pero como en aquella época el estar en contra de Newton era casi impensable, Leibniz no tuvo muchos adherentes que lo defendiesen. Dejemos un momento su vida y adentrémonos en su pensamientos.

### **Leibniz y la monadología**

Para abordar al multifacético y enciclopédico autor, es preciso comenzar con la idea de Mónada. En primer lugar quiero hacer referencia al movimiento telúrico intelectual que sucedió con la revolución científica de Bacon y Descartes y que tuvo como consecuencia un importante punto de quiebre en el pensamiento occidental. Las ciencias y la matemática parecían ganar cada vez más terreno incluso invadiendo el ámbito de la filosofía. Como resultado de esto, quedaron comprometidos conceptos que habían estado muy arraigados entre los pensadores antiguos y escolásticos. En primer lugar el concepto de causa final y la cosmovisión teleológica de la realidad. En segundo lugar quedó comprometido el concepto de sustancia, entendida como forma sustancial. Leibniz retoma estos conceptos para defenderlos y reivindicarlos. Lo que Leibniz intenta hacer es una establecer una conciliación entre la tradición y el nuevo paradigma científico. ¿Qué cambio hubo en los dos conceptos anteriormente mencionados? En cuanto al teleologismo, la explicación de la

---

<sup>11</sup> Ibid., 76.



nueva ciencia era de carácter mecanicista. Leibniz no rechaza esta explicación, pero considera que la explicación finalista proporciona una visión más amplia de las cosas. En cuanto a las formas sustanciales, los filósofos modernos las descartan, mientras que Leibniz considera que pueden dar una explicación general de la realidad que el mecanicismo no es capaz de ofrecer. En resumen, Leibniz pretende establecer un límite entre lo que es propiamente científico y lo propiamente filosófico y de esa manera poder llevar a cabo una conciliación entre la filosofía perenne y la filosofía nueva. Leibniz tiene reparos con la filosofía cartesiana en cuanto a los límites explicativos de esta. Así, la extensión y movimiento, figura y número, son para Leibniz determinaciones extrínsecas de la realidad, que no superan el plano fenoménico. En el caso de la extensión, esta no puede ser la esencia de una cosa ya que no explica las propiedades de los cuerpos como la inercia o la resistencia de los cuerpos al movimiento. Además lo extenso puede ser dividido infinitamente, por lo que nunca podría ser “uno”. Para Leibniz lo único que puede ser sustancia es aquello que explique la fuerza y que sea indivisible. Tenemos por lo tanto que existe algo más allá de lo geométrico-mecánico, algo de naturaleza metafísica y esto que está más allá de lo físico es la fuerza de donde proceden tanto el movimiento y la extensión. Leibniz reduce la realidad de lo material a algo inmaterial. El pensador creyó haber corregido a Descartes en materia física ya que este último sostenía que lo que permanecía constante en los fenómenos mecánicos era la cantidad de movimiento. Leibniz por su parte señaló que esto era insostenible desde el punto de vista científico y según él, lo que permanecía constante era la energía cinética o la “fuerza viva” que se expresa como el producto de la masa por la aceleración. Por ejemplo dada una partícula de masa  $m$  con una velocidad  $v$ , su fuerza viva asociada al movimiento sería  $mv^2$ . Leibniz llega a la conclusión que los constituyentes últimos de la realidad están más allá del espacio, del tiempo y del movimiento. De esta manera introduce las “sustancias” que habían sido despreciadas por los filósofos y científicos modernos. Leibniz adopta el nombre de entelequia para referirse a esta sustancia, queriendo significar con esto, algo que tiene en sí la propia determinación y perfección esencial. Finalmente Leibniz le daría el nombre de “mónada” a sustancia-fuerza. Desde el punto de vista etimológico esta palabra proviene del griego y significa unidad. La palabra tiene su origen en los pitagóricos. Giordano Bruno también utilizaba el término para referirse a Dios “*monas monadum*”, esto es, Dios era el que regía los infinitos

mundos, la “Mónada de las mónadas”. Al igual que Bruno, Leibniz conoció la tradición hermética y cabalística, teniendo contacto con el cabalista cristiano Christian Knorr von Rosenroth, quien dio a conocer los escritos cabalísticos a través del latín. Leibniz fue su invitado en el año 1688 en Sulzbach, donde accedió a estos escritos. El filósofo alemán también escribió que se les podía dar el nombre de Entelequias a todas las sustancias individuales. Este término entelequia, fue creado por Aristóteles y lo empleó para referirse a la acción mediante la cual algo llega de la posibilidad a la esencia plena. El árbol es entelequia de la semilla, así la Mónada es un fin en sí misma, dejando de lado a la acción de Dios. Las mónadas son semillas y, como decía Leibniz, estaban “preñadas de futuro.”. Leibniz tuvo también contacto con los trabajos del anatomista y zoólogo, Jan Swammerdam (1637-1680), quien realizó importantes estudios sobre los insectos, así como en el campo de la anatomía. También tuvo contactos con el comerciante y científico Anton van Leeuwenhoek (1632-1723), que se destacó por el perfeccionamiento del microscopio, así como también por los relevantes descubrimientos para la microbiología, como los espermatozoides en el semen y el sistema de capilares entre otros. En realidad, *la ciencia más vanguardista en la época de Leibniz* era la microscópica, donde se destacó el trabajo de los pioneros holandeses. De acuerdo a Leibniz, tales descubrimientos demostraban que existían animálculos por todas partes, esto es, animales dentro de animales. Si tales animálculos dispusieran de sus propios microscopios, también ellos descubrirían otros animálculos aún más diminutos, y así sucesivamente y eternamente. Puede ser que Leibniz tomase prestado de los descubrimientos científicos de su época el material para su metafísica.

¿Qué es una mónada? Leibniz comienza escribiendo en su *Monadología* o “Ciencia de la unidad”: “*La mónada de la que vamos a hablar aquí, no es sino una sustancia simple que entra en los compuestos; simple quiere decir sin partes. Es, empero, preciso que haya sustancias simples, puesto que hay compuestos; pues lo compuesto no es sino un montón a aggregatum de simples*”<sup>12</sup>. Las mónadas son sustancias simples, átomos espirituales de la realidad, los elementos de la naturaleza. Cada Mónada es diferente a otra cualquiera, aquí nos acercamos al “Principio de los indiscernibles”. “*Pues nunca se dan en la Naturaleza*

---

<sup>12</sup> G. W. Leibniz. *Monadología* (España: Pentalfa Ediciones, 1981), 73.

*dos Seres que sean perfectamente el uno como el otro, y en donde no sea posible hallar una diferencia interna o fundada en una denominación intrínseca*”<sup>13</sup>. En palabras de Ludovico Geymonat, “*si dos entes resultan efectivamente dos, tiene que existir alguna propiedad capaz de diferenciar el uno del otro. Se trata de una verdad que, según Leibniz, puede deducirse del principio de razón suficiente: y, en efecto, si entre dos entes no existiese ni la mínima diferencia, no habría motivo para que fueran efectivamente dos*”<sup>14</sup>. El ser es individual y no hay disolución en las mónadas así como tampoco pueden comenzar naturalmente, “*puesto que no puede formarse por composición*”. Las mónadas sólo pueden acabar de repente. Comienzan por creación y acaban por aniquilamiento, mientras que lo compuesto comienza y acaba por partes. Esta creación y aniquilamiento son parte de un ser supremo o Dios, y entendemos que las mónadas son inmortales al margen de la acción de éste ser supremo. Sin embargo más adelante Leibniz señala que todo ser creado está sujeto al cambio y por lo tanto, la Mónada creada también, y dicho cambio es continuo en cada una. Pero este cambio obedece a un principio interno, (no externo ya que las mónadas no tienen en absoluto ventanas), a una “fuerza” como principio metafísico, que se opone al mecanicismo cartesiano en donde la naturaleza que es pura extensión que se encuentra sometida exclusivamente a la ley de la inercia. Esta interpretación se opone a la del filósofo y matemático francés Louis Couturat, quien señaló que la dinámica de Leibniz era reducible a la mecánica cartesiana. “*Lo que lo situó en antítesis con Descartes fue la convicción de que la materia no era simple extensión, sino extensión más energía (o fuerza)*”<sup>15</sup>. Para Descartes, la energía se medía por la cantidad de movimiento y para Leibniz por la fuerza viva. “*El propio nombre de fuerza viva usado por Leibniz saca a relucir su equívoco; hoy preferimos indicar el mismo concepto con el término de energía cinética, para subrayar de que no se trata de una verdadera fuerza, y la llamaba viva o en movimiento para contraponerla a la fuerza muerta, que corresponde a nuestra fuerza estática o presión de un cuerpo quieto sobre un punto de apoyo*”<sup>16</sup>. Leibniz reemplaza el mecanicismo cartesiano por su concepción más dinámica de la naturaleza. No sólo fue en esto donde Leibniz difería con Descartes y Newton, ya que también hubo controversias

---

<sup>13</sup> Ibid., 79.

<sup>14</sup> Ludovico Geymonat, op. cit., 360-361.

<sup>15</sup> Ibid., 358.

<sup>16</sup> Ibid., 359.

sobre los conceptos de espacio y tiempo. Para Leibniz espacio y tiempo no son sólo conjuntos de relaciones matemáticas, no son objetivos, ya que lo único absoluto la fuerza viva. *“La polémica de Leibniz contra la concepción del espacio y del tiempo puede -con debidas reservas- considerarse el antecedente remoto de la moderna crítica de estos conceptos, realizada a principios de nuestro siglo por la relatividad einsteiniana”*<sup>17</sup>. Leibniz no estaba en una posición fácil ya que la palabra de Newton en aquella época era ley. Digamos que fue antinewtoniano, incluso declaró que el Dios de Newton era un relojero torpe ya que, de acuerdo a Newton, este necesitaría de vez en cuando hacer ajustes en caso de que los planetas sufrieran una desviación en sus trayectorias. Leibniz rechazó el espacio absoluto ya que no podía decirse donde está algo si no era en relación con otros cuerpos, algo que se encargarían de corroborar Ernst Mach y Albert Einstein. Para Leibniz, el espacio el orden de las cosas que coexisten al mismo tiempo. El espacio nace como una relación de las cosas entre sí. En cuanto al tiempo, al igual que el espacio, no existe por sí mismo, no es un fluir real independiente de nosotros. El tiempo para Newton, como para San Agustín, había comenzado en el momento de la Creación. Además para él, el tiempo era *“absoluto, verdadero y matemático, en sí y por naturaleza, fluye de manera regular independientemente de cualquier cosa externa, y también se conoce por el nombre de duración”*. En lo que se refiere a la materia, esta era para Descartes extensión y podía dividirse infinitamente y obtener de esta partes extensas. Pero la palabra átomo justamente significa indivisible por lo que para Leibniz los últimos constituyentes de la realidad debían ser, por el contrario, indivisibles y no extensos como es el caso de las sustancias o mónadas (el átomo no puede ser material). Para Leibniz entonces, lo fundamental no son los átomos sólidos provistos de extensión sino que puntos inmateriales que no ocupan espacio ya que son mentales o no físicos. Leibniz habría tratado de decir que la materia estaba compuesta de propensiones hacia la actividad que en sí mismas no son materiales, pero el vocabulario de su época era limitado y las únicas palabras para referirse a centro de actividad no materiales era el vocabulario de las mentes, almas y espíritus<sup>18</sup>. El filósofo Anthony Quinton habla de la buena fortuna, de carácter profética, de esta idea del dinamismo de la naturaleza. En aquella época se admitía que la naturaleza era materia en

---

<sup>17</sup> Ibid., 359.

<sup>18</sup> Bryan Magee, *The great philosophers* (Great Britain: Oxford University Press, 2000), 109.

movimiento, pero este movimiento no era considerado intrínseco a la materia, sino que el mundo material recibe el movimiento de una fuente externa. En cambio Leibniz adoptó la otra postura.

Otra punto importante acerca de las mónadas es que no pueden ser alteradas o cambiadas en su interior por alguna otra creatura, *“puesto que en ella cabe trasponer nada ni concebir movimiento interno alguno que pueda ser excitado, dirigido, aumentado o disminuido dentro de ella, como sí es posible en los compuestos, en donde hay cambios entre las partes”*<sup>19</sup>. Por lo tanto llegamos a otro aspecto importante en las mónadas y es que hay que entenderlas como cerradas, herméticas, incomunicadas entre ellas. En esto, Leibniz sigue la doctrina de Descartes en donde las sustancias no interactúan. *“Las Mónadas no tienen en absoluto ventanas por las que pueda entrar o salir algo”*. La pregunta es, ¿cómo se relacionan las mónadas? Cada Mónada es cerrada, sin ventanas y sin embargo son un espejo viviente del universo. Además hay una armonía preestablecida por Dios: *“Porque Dios, al regular el todo, ha tenido en cuenta cada parte, y, en particular, cada Mónada...”* También escribió: *“Ahora bien, como en las ideas de Dios hay una infinidad de universos posibles y de ellos no puede existir más que uno solo, es preciso que haya una razón suficiente de la elección de Dios que le determine por uno más bien que por otro. Para Leibniz el mundo y los seres que lo habitan se desarrollan según sus propias fuerzas. Estas fuerzas han sido creadas y elaboradas por Dios de modo que se pudieran establecer el mejor orden del mundo. El Ser Supremo desde el comienzo arregló el mundo de manera que los cambios en una Mónada correspondan perfectamente a los de las otras mónadas. Para aceptar esta teoría, hay que aceptar que las mónadas no se comunican entre sí, son herméticas, pero que cada una son espejos del universo. Esto puede resultar paradójico ya que existe un número infinitos de mónadas que constituyen centros autónomos de fuerza, por lo que Leibniz debe explicar cómo se relacionan entre sí. Por otra parte tenemos que los cuerpos son agregados de mónadas pero regidas por una mónada hegemónica, por lo que Leibniz debe explicar la relación entre “alma” y cuerpo. La solución que da Leibniz a esto no es el ocasionalismo, sino que es la mencionada armonía preestablecida que constituye la hipótesis metafísica que da cuenta de la conexión o armonía universal entre las mónadas*

---

<sup>19</sup> Leibniz, Monadología, 77.

herméticas. En cuanto a la relación del “alma” y cuerpo, Leibniz utiliza el ejemplo de dos relojes de péndulo, cuya perfecta sincronía ocurre debido a que sus estructuras fueron construidas desde el principio en perfecta correspondencia. En cuanto a las mónadas entendidas como espejos de conciencia, tenemos que cada Monada replica dentro de sí misma el universo entero de la totalidad de las mónadas; y por ello cada Mónada es un universo prototipo. Leibniz se refiere a esa extraña visión de mundos dentro de otros mundos como el principio del macrocosmos y microcosmos – entendiendo por ello que el microcosmos contiene o reproduce el macrocosmos a un nivel infinitamente pequeño. Expresa esta misma noción en su afirmación de que la antigua doctrina según la cual Todo es Uno tiene ahora que complementarse con el corolario, igualmente importante, Uno es Todo”. Las mónadas también poseen una jerarquía, en la Monadología escribió: *“Por eso, es evidente que, si no tuviéramos en nuestras percepciones nada distinto y, por así decir, y de gusto sobresaliente, estaríamos en perpetuo aturdimiento. Este es precisamente, el estado de las mónadas completamente desnudas”*. Así, en esta jerarquía, las mónadas desnudas son las inferiores: tienen percepción, apercepción o conciencia. En segundo lugar, están las que tienen percepción, conciencia y memoria. Finalmente están las que tienen percepción, conciencia, memoria y razón, que son las almas racionales. Bertrand Russell escribió que el cuerpo humano estaba enteramente compuesto de mónadas, pero hay una Mónada dominante: el alma del hombre. Es dominante porque tiene percepciones más claras y porque genera cambios en el cuerpo humano. Así cuando mi brazo se mueve, el propósito ya estaba en la Mónada dominante, mi mente, y no en las mónadas que componen mi brazo. El conocimiento está relacionado con la anterior jerarquía que existe en las mónadas. Tenemos que las mónadas están dotadas de percepción y de apetición, siendo la percepción el acto de tener lo múltiple en lo simple, en otras palabras, tenemos muchas percepciones y estas se dan en la unidad representada por la mónada. La Mónada es a la vez simple, indivisible y al mismo tiempo contiene la pluralidad de estados, el contenido múltiple de las vivencias está en la Mónada. *“El estado transitorio que envuelve y representa una multitud en la unidad o en la sustancia simple no es sino eso que llamamos Percepción...”*<sup>20</sup> Más adelante escribió: *“Nosotros mismos experimentamos una multitud en la sustancia simple, cuando descubrimos que el más mínimo pensamiento del*

---

<sup>20</sup> Ibid., 83.

*que somos conscientes envuelve una variedad en el objeto. Así, pues, todos los que reconocen que el Alma es una sustancia simple deben reconocer esta multitud en la Mónada*"<sup>21</sup>. La apetición es la tendencia de pasar de una percepción a otra, de manera que las percepciones se suceden en las mónadas. Algunas mónadas además de percepciones, poseen apercepción, es decir, tienen consciencia de qué se está percibiendo. Dentro de la jerarquía de Leibniz, las mónadas superiores son las Almas, que poseen percepción, memoria, apercepción y razón, recibiendo así el nombre de Almas racionales o Espíritus. Leibniz deja establecida la diferencia entre lo que denomina Mónada y Alma: "*Si se quiere llamar Alma a todo lo que tiene percepciones y apetitos en el sentido general que acabamos de explicar, entonces todas las sustancias simples o Mónadas creadas podrían llamarse Almas; pero como el sentimiento es algo más que una simple percepción, estoy de acuerdo de que basta el nombre general de Monádas y de Entelequias para las sustancias simples que sólo gocen de eso, y en que se llaman Almas solamente aquellas cuya percepción es más distinta y va acompañada de la memoria*"<sup>22</sup>. Acá debemos entender por sentimiento, la apercepción o consciencia. Leibniz se aleja de los cartesianos en cuanto que Descartes negaba que los animales tuviesen un alma. Leibniz en cambio, no los concibe como meros relojes mecánicos, sino que, como escribió en la Monadología, el error de los cartesianos consistían en sostener que "*solamente los Espíritus eran Mónadas y que no había Almas de las Bestias.*" Leibniz consideraba que los Animales tenían alma, porque tenían apercepción y memoria. ¿Qué nos distingue de las bestias? Leibniz escribió:

*"Por el conocimiento de las verdades necesarias y sus abstracciones nos elevamos...a los Actos reflexivos, en virtud de los cuales pensamos en eso que se llama Yo y consideramos que hay en nosotros esto o aquello; y, así, resulta que, al pensar en nosotros, pensamos en el Ser, en la Sustancia, en lo simple y en lo compuesto, en lo inmaterial y en Dios mismo...Actos reflexivos suministran los principales objetos de nuestros razonamientos"*<sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> Ibid., 85.

<sup>22</sup> Ibid., 89.

<sup>23</sup> Ibid., 99.

Para Leibniz es el conocimiento de las verdades necesarias y eternas las que nos distingue de las bestias y nos convierte en seres poseedores de la Razón, del conocimiento de las cosas por sus causas, lo que el filósofo denomina como Alma Racional o Espíritu.

Leibniz establece dos fundamentos de nuestros razonamientos: en primer lugar, el principio de no contradicción, es decir, que toda proposición idéntica es verdadera y que su contradicción es falsa o, en otras palabras, dos enunciados son contradictorios si uno es la negación del otro. El segundo principio es el de razón suficiente, es decir, todo lo que sucede tiene una razón y nada acontece sin razón. Para que algo sea como es y no de otra manera ha de haber una razón que lo explique. *“El otro es el de razón suficiente, en virtud del cual consideramos que no puede hallarse ningún hecho verdadero o existente en ninguna Enunciación verdadera sin que asista una razón suficiente para que sea así y no de otro modo, aún cuando esas razones nos puedan resultar, en la mayoría de los casos, desconocidas”*<sup>24</sup>. Leibniz distingue dos clases de verdades, las de Razón y las de Hecho, siendo las primeras necesarias y las segundas contingentes. Las verdades de razón expresan el conjunto de verdades que se basan en los principios de identidad, de no contradicción y del tercer excluido. En cuanto a las verdades de hecho, estas se refieren a acontecimientos contingentes, como el de estar ahora escribiendo un libro. Podemos decir que las verdades de Razón se refieren a las esencias, no a las existencias, y son absolutas en cuanto se refieren a posibilidades, no a realidades: el triángulo tiene tres lados, verdades de matemáticas, de lógica pura. Leibniz escribió, en palabras de su interlocutor, Teófilo en sus Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano: “Las verdades primitivas de razón son las que yo denomino con el apelativo general de idénticas, porque parece que lo único que hacen es repetir lo mismo, sin enseñarnos nada. Las afirmativas son como las siguientes: Cada cosa es lo que es o en tantos ejemplos como se quiera, A es A, B es B, Yo seré lo que seré, Escribí lo que escribí...O en las hipotéticas, Si la figura regular de cuatro lados es un rectángulo, entonces dicha figura es un rectángulo. Las copulativas, las disyuntivas y otras muchas proposiciones pueden tener esa identidad y también considero como afirmativas:

---

<sup>24</sup> Ibid., 103.



No A es no A, o la hipotética Si A es no B, se deduce que A es no B”<sup>25</sup>. Repitamos una vez más que las verdades de Hecho pueden o no suceder, así por ejemplo, “los perros ladran cuando uno se acerca a estos”. En las verdades de Razón, el predicado no agrega nueva información al sujeto, ya que está contenido en éste, mientras que en las verdades de Hecho, el predicado agrega información al sujeto y, por ende, tienen su origen en la experiencia, por lo que son a posteriori, impresas en nosotros por medio de la percepción a través de nuestros sentidos. El hecho de que no sean necesarias no significa que carezcan de objetividad, y este grado de objetividad le viene dado en la medida en que se sustente en el principio de razón suficiente, es decir, podemos buscar y dar razón de por qué es así. El principio de razón suficiente es un principio especulativo de acuerdo al cual cada cosa que sucede de hecho tiene una razón que es suficiente para determinar por qué sucedió y por qué sucedió así y no de otro modo. Pero uno podría preguntarse hasta dónde tendríamos que remontarnos en esta sucesión de razones que expliquen porque una cosa es así y no de otra manera. Así, tenemos que el maestro reprendió a su alumno, ¿por qué le reprendió? Porque el alumno estaba distraído, ¿por qué estaba distraído? Porque no le interesaba la clase ¿por qué no le interesaba la clase? Y así podemos continuar sucesivamente y fundando cada verdad de Hecho en un principio de razón suficiente. La pregunta es ¿podemos llegar a una causas que no necesite de la aplicación del principio de razón suficiente, una causas no causada, necesaria en sí misma. La respuesta es afirmativa y es: Dios. En Dios no existe distinción entre verdades de Hecho y verdades de Razón, ya que todas son verdades de Razón. Para Dios no hay nada contingente, sino que todo es necesario. ¿Cómo es esto? Porque Dios ya conoce la serie infinita de razones en las que se funda una verdad de Hecho, como el ejemplo del Maestro. Dios observa desde el punto de vista que está más allá del espacio-tiempo, su mirada abarca lo que sucedió, lo que está sucediendo y lo que sucederá. Esto último traerá algunas discusiones con Arnauld. El ideal de conocimiento es pues, acercarnos lo más que podamos al conocimiento que tiene Dios, acumulando una serie de principios de razón suficiente. Claro está que esta continuidad que existe entre verdades de Razón y verdades de Hecho a través de la construcción de “puentes” de razones suficientes, tiene como base la creencia en Dios, que es la perfección, el conocimiento divino que nos

---

<sup>25</sup> G. W. Leibniz, Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano (España: Alianza Editorial, 1992), 430-431.

observa como fuimos, somos y seremos. Desde el punto de vista divino, el futuro de la Mónada está escrito desde el principio. Las mónadas son imperfectas ya que, de lo contrario, serían como Dios y no habría pluralidad de sustancias. La imperfección crea la posibilidad del libre albedrío, ya que las mónadas, a pesar de que su pasado y futuro estén contenidas en ellas, la monada, por su imperfección, no comprenden su esencia de manera clara. Si así fuese serían igual a Dios, y así tendríamos una sola sustancia, es decir, Dios, y Leibniz caería en el spinozismo. De esta manera, las mónadas tienen que estar escogiendo, tomando decisiones como si fuesen libre, pero desde la perspectiva divina, todo está previamente contemplado, nada se le escapa a los ojos de Dios. Dios sabe todo lo que acontecería en cada Mónada, pero nosotros al actuar lo hacemos no sabiendo esto y elegimos, nos proyectamos hacia el futuro incierto, para nosotros, pero no para la divinidad. Dios sabía que el ser humano pecaría, de lo contrario no sería omnisciente, pero si lo sabía, ¿como compatibilizar esta omnisciencia con su benevolencia? ¿Sería la respuesta que los males que haría el hombre serían los menos graves que se podrían llevar a cabo dentro de todos los mundos posibles contemplados en la mente de Dios? ¿Crear un mundo completamente bueno sería un sin sentido? Todos harían el bien y no habría pecado. ¿Para qué existiría un mundo así? o, ¿Para qué estaría Dios? Preguntas y problemáticas para aquellos que creen y no para los que carecen de esa creencia. Tendríamos pues que todas las mónadas creadas por Dios actuarían sin pecado alguno, por lo que no habría diferencia alguna entre sus acciones y tendríamos también que la pluralidad se convertiría en unidad. No habría necesidad de postular la pluralidad de sustancias y bastaría con decir que el bien absoluto está en la Mónada suprema, en la única Sustancia divina. Dios tiene un papel fundamental en la filosofía de Leibniz, ya que es mediante este recurso supraterráneo que explica la concordancia entre los estados de las distintas mónadas, encerradas cada una en su vida interior. Más arriba señalé que la Mónada de las mónadas es para Leibniz, como lo fue para Giordano Bruno, Dios: *“Así, pues, sólo Dios es la Unidad Primitiva o la sustancia simple originaria, de la que son producciones todas las Mónadas creadas o derivadas; estas nacen, por así decir, por continuas Fulguraciones de la Divinidad, de momento en momento...”*<sup>26</sup>. Las percepciones de Dios son claras y distintas, el Dios de Leibniz es el Dios cristiano, no es el de Spinoza. El Dios de Leibniz no es un Ser indefinido dejado en el

---

<sup>26</sup> Leibniz, Monadología, 103.

terreno de la vaguedad, sino que es un Dios personal que, mediante un acto de destello, crea cada Mónada individual, cerrada en sí misma. Pero tenemos que en el acto de creación, *“Dios ha tenido en cuenta todas las demás mónadas y ha preestablecido su perfecta armonía”*<sup>27</sup>. Volvemos al tema de la armonía preestablecida que, como señala Geymonat, es un factor integral de la monadología de Leibniz, donde no es posible aceptar una sin aceptar la otra ya que las mónadas están estrechamente ligadas con su origen, con Dios. ¿Cómo pueden las mónadas coordinar sus actividades para producir un mundo coherente? Tenemos que cada mónada, hermética y distintas unas de las otras, funcionan de acuerdo a sus leyes internas. No obstante lo anterior, las mónadas están diseñadas de manera tal que el mundo en el cual la Mónada se percibe a sí misma actuando, forma una unidad coherente con el mundo en el cual todas las mónadas se perciben a sí mismas actuando. También se puede utilizar la metáfora del reloj, que fue otro invento de la época. Antes de que la Mónada fuese creada, esta ya existe como ente lógico, sujeto de atributos posibles, y es en el acto de la creación donde pasa de la posibilidad a la existencia, y este es un acto de Dios, quien escoge el mejor de los mundos posibles.

*“Ahora bien, como en las ideas de Dios hay una infinidad de universos posibles y de ellos no puede existir más que uno solo, es preciso que haya una razón suficiente de la elección de Dios que le determine por uno más bien que por otro. Esa razón no puede encontrarse sino en la conveniencia o grados de perfección que esos mundos contienen, puesto que cada posible tiene derecho a pretender la existencia en la razón de la perfección que encierra”*<sup>28</sup>.

No pueden existir todos los posibles, porque no todos son compositibles, compatibles entre sí. El principio de contradicción rige el dominio de los posibles, de las esencias. Por lo tanto, según Leibniz, este es el mejor de los mundos posibles ¿Qué hay que entender por esta afirmación? ¿Hay que burlarse, como lo hizo Voltaire en su Cándido, a través del leibniziano Pangloss? Repitamos una vez más que para Leibniz, Dios concibe una variedad de mundos posibles, con una Mónada, dos mónadas, millones de mónadas y luego escoge

---

<sup>27</sup> Ludovico Geymonat, op. cit., 364.

<sup>28</sup> Leibniz, Monadología, 119.

cuál crear, y existiría una razón suficiente por haber realizado esa elección. Como resultado, este mundo en que vivimos sería el más pleno de los mundos y el con menor mal. Lo que nosotros percibimos como males del mundo, para Leibniz son imprescindibles. Russell escribió que Dios, al crear el mejor de los mundos, consideró que este debía tener un exceso de bien por sobre el mal, y que pudiendo crear un mundo sin mal, no lo hizo ya que no hubiese sido tan bueno como el actual. Es como si la felicidad consistiera en un estado de ánimo tras padecer un gran sufrimiento, como aquel que se golpea con un bastón de madera en la cabeza para después sentir placer. Además, y más relevante aún, ¿si el mundo hubiese sido completamente bueno, no habría pecado original, un aspecto clave en el cristianismo. ¿Estaba Leibniz preparado para admitir tamaña aseveración? Como señala Matthew Steward, *“Leibniz no sólo quiere convencernos de que Dios es bueno, además pretende demostrar que nosotros somos los seres más especiales de la naturaleza. En todo el universo no existe nada más real, permanente o digno de ser amado que el alma individual. El ser humano vendría a ser como un nuevo Dios”*.

¿De dónde vienen los males? Es el mal una fuerza opuesta al bien como, sostendrían los maniqueos? O como afirmaba Epicuro: o Dios quiere evitar el mal y no puede, por lo que serían impotente, o Dios puede y no quiere evitar el mal, lo que lo convertiría en un Dios malo, o Dios no quiere y no puede, lo que haría de este impotente y malo, o Dios puede y quiere, y llegamos a un camino sin salida. Leibniz distingue en su Teodicea tres tipos de mal. El primero es el metafísico que coincide con la finitud de la criatura. En segundo lugar está el mal moral que son los pecados que el ser humano comete, por lo que la causa de este mal es el ser humano mismo y no Dios. En tercer lugar está el mal físico sobre el cual, Leibniz escribió que con frecuencia Dios lo quiere como una pena debida a la culpa, pena que sirve para la enmienda y el ejemplo. Dejemos hasta aquí el problema del mal y continuemos con el Dios de Leibniz y su relevancia dentro de su sistema filosófico. Dios es la sustancia por excelencia, la “Monada de mónadas”. En lo que respecta al “nuevo Dios”, Leibniz quiere dar a entender que considera al ser humano como una pequeña divinidad y un universo en sí mismo (microcosmos). En contra de esto está Spinoza, para quien la mente no es algo real, sino que una mera abstracción de los procesos corporales. Pero para Leibniz hay un mundo más real que el material: las mónadas. En contra de Spinoza, para

quien sólo Dios es sustancia y nosotros solo modos de esa Sustancia, de acuerdo a Leibniz hay una pluralidad de sustancias, que son las mónadas. *“El autor de la ética, como sabemos, se burla de quienes consideran a la mente humana como un reino dentro de otro reino, pues, a su modo de ver, solamente hay un solo reino de la Naturaleza, una Sustancia. A lo que Leibniz responde: Mi opinión es que cualquier sustancia es un reino dentro de otro reino”*<sup>29</sup>.

Tenemos entonces que la metafísica de Leibniz tiene un pilar fundamental que es Dios, y no me refiero a un Dios impersonal, sino que al Dios del cristianismo, el Dios teísta y no deísta. Para demostrarlo, Leibniz recurre al argumento ontológico en su versión moderna inaugurado por Descartes y de acuerdo al cual, en pocas palabras, lo perfecto debe necesariamente existir, ya que de lo contrario no sería perfecto, por lo que tenemos que en Dios coinciden tanto la esencia como la existencia. ¿Cómo concibe Dios Leibniz? Rechaza completamente al Dios inmanente de Spinoza. El Dios de Leibniz tiene intelecto para decidir y voluntad para tomar decisiones y, a diferencia del Dios de Spinoza, el de Leibniz es un Dios antropomorfo y no está de acuerdo en que Dios y Naturaleza sean lo mismo. En resumen, el Dios de Spinoza es inmanente, está en el mundo y el mundo en Dios. El Dios de Leibniz es trascendente, crea todo desde fuera como un artífice su obra, pero este Dios no es parte de su creación en el sentido spinoziano. El Dios de Leibniz es el Dios tirano que no gusta a Spinoza y que es el fundamento de toda teocracia. Esta disputa teológica aun persiste y está lejos de ser resuelta. Hay distintas formas de concebir a Dios desde formas infantiles hasta otras más sofisticadas, pero digamos que entre la comunidad científica hay quienes se muestran más leibniziano cuando plantean el argumento del diseñador inteligente y otros spinozianos, donde la naturaleza da cuenta de sí misma, de su funcionamiento, sin tener que acudir a ningún ser exterior a esta, a ninguna causa última. Lo relevante es que para Leibniz, Dios es la fuente tanto de las esencias como de las existencias, en otras palabras, de lo que es una cosa y su subsistencia real. Las esencias son todas aquellas cosas que pueden ser pensadas sin contradicción y es el intelecto divino el que hace posible estos “posibles”, pensándolos, y proporcionándoles cuanto existe de real en la posibilidad. La existencia consiste en la realización y actuación de las esencias, de la

---

<sup>29</sup> Matthew Stewart, op. cit., 237.

pluralidad de mundos posibles, y Dios trajo a la existencia sólo uno y de ser uno posible de entre otros, pasó a tener existencia.

### **Gnoseología y Libertad**

¿Qué podemos decir de la gnoseología de Leibniz? En su Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano, Leibniz lleva a cabo una crítica al Ensayo de John Locke. El ataque se dirige a la negación por parte de Locke de las ideas innatas y su reducción del alma humana a una tabula rasa. Leibniz no se va a limitar a repetir lo que decían los cartesianos sino que va a llegar a una solución original. Recordemos aquella antigua frase que prevaleció entre los escolásticos y que provenía de Aristóteles: *nihil est in intellectu quod non fuerit in sensu*, esto es, nada hay en el entendimiento o en el alma que no provenga de los sentidos, salvo el intelecto mismo. Vemos que existen algunas semejanzas con la gnoseología kantiana, ya que el alma es innata y el entendimiento, junto a su actividad, son a priori y preceden a la experiencia. ¿En qué consiste el innatismo de Leibniz? El filósofo escribió que el alma contiene el ser, lo idéntico, el uno, la causa, el raciocinio y otras nociones que los sentidos no pueden proporcionar. Las ideas necesarias y universales no pueden venir de la inducción, sino que son ideas que ya están presentes en nosotros, pero como inclinaciones. Aquí Leibniz intenta, una vez más, de conciliar ambas partes, de adoptar un camino medio, postulando un innatismo virtual, es decir que las ideas están presentes en nosotros como disposiciones, como virtualidades naturales. La palabra virtual, que viene del latín *virtus*, hace referencia a una fuerza o voluntad para realizar algo, aunque este no sea realizado. Así, rescatando este término del ámbito de la informática, tenemos que es sinónimo de capacidad, potencialidad o posibilidad. La gnoseología de Leibniz representa la culminación del racionalismo iniciado por Descartes. Las verdades de razón son verdades innatas y las verdades de hecho son fruto de la experiencia, aunque Leibniz también admite un innatismo en estas verdades de hecho. Si Platón abogaba por un conocimiento a través del recuerdo, Leibniz postuló que el alma conoce virtualmente todo. Como señalé anteriormente, nada hay en el entendimiento o en el alma que no provenga de los sentidos, “salvo el intelecto mismo”, lo que permite que exista un conocimiento innato en el ser humano o innatismo virtual que únicamente se desarrolla con la actividad de la mente.

Cerremos esta exposición con el tema de la libertad en Leibniz. Nuevamente nuestro filósofo busca una vía media entre la necesidad spinoziana y el libre albedrío entendida como nuestra facultad para poder decidir. De acuerdo a nuestro filósofo sostener que Dios no dote de libre albedrío a las criaturas racionales es como querer que no existan tales criaturas. Leibniz reconoce que a los seres humanos les falta la voluntad de obrar bien. Pero por otra parte piensa que no es necesario ni factible que las criaturas racionales tuviesen una perfección tal que los aproximaría a la divinidad. ¿Podría Dios intervenir constantemente a través de milagros para lograr mejorar el actuar de los seres humanos? Para Leibniz no existe nada más irracional que milagros perpetuos. En este tema polemiza con el pensador y escritor francés Pierre Bayle (1647-1706), quien sostenía que Dios había dado libre albedrío a aquellas personas capaces de pecar, por lo que sería Dios el responsable de dar el libre albedrío a personas que no lo pidieron. Así, Dios sería el responsable de las tragedias del mundo. Leibniz responde que Bayle, al parecer, cree que el libre albedrío consiste en la facultad de pecar, y por otra parte se contradice cuando señalaba que Dios y los Santos son libres sin tener esa facultad de pecar, por lo que libre albedrío y pecado no tendrían que ir siempre de la mano. En contra de Bayle, Leibniz sostiene que no es Dios culpable por los pecados de la humanidad sino que son los propios seres humanos por su falta de responsabilidad al momento de cumplir su deber. Leibniz también responde a la objeción de Bayle, acerca de por qué razón Dios no creó un paraíso perpetuo y precursor del estado celeste de los bienaventurados. La respuesta de Leibniz es su teoría de la armonía preestablecida, un sistema donde todo está conectado armónicamente, en donde todo marcha de acuerdo a razones y no a la temeraria discreción de la pura y plena indiferencia, escribió Leibniz en su Teodicea. También rechaza la idea de que la presciencia y providencia de Dios no dejarían espacio para la libertad del ser humano. Todo lo contrario, ya que Dios ha observado las acciones humanas en sus ideas tales como ellas son, esto es, libres. El que Dios tuviese conocimientos de nuestros actos no coarta nuestra libertad ya que reconoce nuestros actos como libres. Leibniz cierra su Teodicea citando el diálogo del humanista y pensador italiano, Lorenzo Valla, en donde Antonio Glarea le pide explicaciones a Lorenzo acerca del libre albedrío, a lo cual Valla responde que es preciso consolarse con la ignorancia de igual forma en que nos conformamos por no tener alas para volar. Antonio le plantea cuestiones tales como que en

realidad Judas no había pecado, ya que era necesario que él traicionara a Jesús, estaba dentro de los planes de Dios, por lo que no mereció el destino que tuvo que afrontar. A esto Lorenzo responde que Dios previó el pecado, pero no forzó a Judas a cometerlo, por lo que el pecado constituye un acto de la voluntad humana. Pero Judas, de acuerdo a Antonio, pudo haber sido salvado, haber sido guiado por el buen camino ya que, a diferencia del pasado, el futuro si puede ser modificado. Lorenzo hace una precisión señalando que no es imposible que lo que es previsto no suceda, pero es infalible que sucederá. A esto Antonio replica que Dios sería engañado si sucediese algo diferente de lo que había sido previsto. Pero Dios es como un oráculo, sabe lo que va a suceder pero no es la causa de eso, el porvenir no es obra de este, de manera que Judas no puede quejarse a Dios por lo que él mismo hizo. Judas no puede luchar con lo previsto por Dios, de lo contrario, este personaje Bíblico no hubiese existido, es decir, su existencia está condicionada por el papel determinado que tiene en la historia. La cuestión de fondo del tema de la libertad es que si nosotros somos títeres y el mundo es un gran escenario en donde Dios dirige cada una de nuestras acciones, entonces ¿qué sentido puede tener la acción moral? Lo que recomienda Leibniz es no seguir especulando sobre el tema y, en cambio, actuar de acuerdo con nuestro deber, que es algo sobre lo que sí tenemos conocimiento. Para Leibniz las condiciones de libertad son tres. La primera es la inteligencia del acto, vale decir, que un acto que carezca de inteligencia no es libre. La segunda condición es la espontaneidad, lo cual implica la ausencia de coacción externa al agente, similar a la libertad negativa explicada por Isaiah Berlin. La tercera condición es la contingencia, que implica la exclusión de la necesidad metafísica.

*“A principios de noviembre de 1716, las manos y los hombros del filósofo se quedaron agarrotados. Se pasó ocho días en cama atendido por su secretario y su cochero, rechazando con agresividad los consejos de que deb’cia ser visitado por un médico. El noveno día supo que cierto famoso medico al que había conocido en un balneario estaba en Hannover...aceptó ser visitado por dicho médico”<sup>30</sup>. Al parecer Leibniz le habría hablado de alquimia y cómo se podía obtener oro. Leibniz finalmente falleció a las 10 de la*

---

<sup>30</sup> Ibid., 298.



noche del sábado 14 de septiembre de 1716, tenía 70 años. Con Leibniz se puede decir que finaliza la era de los grandes pensadores omniabarcadores, polímatas y con una gran voracidad intelectual. Es difícil entender que tal personaje, un intelectual de tal categoría, una vez fallecido, haya sido ignorado y sus funerales hayan sido realizados de manera tan sobria. Leibniz fue víctima de invectivas en Inglaterra debido a su disputa con Newton por el cálculo y de sátiras como fue el caso de Jonathan Swift. En Francia, Voltaire se mofaba preguntándose si acaso una gota de orina constituía una infinidad de mónadas y si cada una de ellas tenía ideas, por oscuras que fuesen, de todo el universo.